



El anciano leyó de nuevo el pasaje de *La profecía* y meneó con gravedad la cabeza.

—Pronto, muy pronto —murmuró.

Se levantó trabajosamente de la silla y se volvió. El duque de Divulyon lo miraba con semblante preocupado.

—¿Y bien? —preguntó.

El anciano exhaló un prolongado suspiro; parecía al límite de sus fuerzas. Innumerables arrugas surcaban su rostro. Apenas se tenía en pie, estaba encorvado y le temblaban las piernas. Se dejó caer en un sillón y dijo con voz débil:

—No puedo cambiar nada. Seguirá su destino.

El duque, cuya angustia resultaba perceptible, alzó la voz:

—Theodon, tú eres sabio. Has consagrado toda tu vida a comprender *La profecía*. Ayudaste a mi padre, me has ayudado a mí, me has aconsejado, me has apoyado. No me abandones ahora. Tiene que vivir. Pase lo que pase, tiene que triunfar. ¡Es tan joven! Y pensar que muy pronto...

¿Qué puedo hacer para protegerla, Theodon?

El anciano apoyó la cabeza en las dos manos y, tras un largo silencio, respondió:

—Yo la quiero tanto como tú. La he visto crecer y, aunque la razón me lo prohibía, le he tomado cariño. Pero no escaparé a la Profecía. Créeme, si hubiera podido ayudarla, habría sido el primero en hacerlo. ¿Me preguntas cómo puedes protegerla? ¡No puedes, intenta comprenderlo! Lo único que tienes que hacer es entregarle lo que le pertenece. Pero cuando llegue el día, no ahora. Ahora, ve a pasar con ella los últimos momentos que te quedan.

El duque, resignado, alcanzó a decir:

—Estos catorce años han pasado demasiado deprisa.

A continuación, salió de la estancia.

El anciano vio flamear las llamas en el hogar. La Profecía iba a cumplirse, ya no era más que una cuestión de días. Había esperado ese momento con impaciencia. Muy pronto, todas sus preguntas encontrarían respuesta. Se estremeció. Había sido lo bastante estúpido para encariñarse con la niña. Debería haberlo evitado. *La Profecía* había adquirido otro sentido: en aquellas oscuras páginas en las que había tratado con ahínco de leer el futuro y de comprender el cambio anunciado, ahora sólo veía el destino de Jade.

Jade estaba tendida en su cama. Sostenía un libro entre las manos, pero estaba demasiado agitada para leer. Su mirada se perdía en el vacío. De pronto, oyó llamar a la puerta. Se levantó de un salto y dijo:

—¡Pase!

Un sirviente entreabrió la puerta y le anunció:

—Su padre desea verla. ¿Puede recibirlo ahora?

Sorprendida de que a aquellas horas del día no estuviera ocupado, dio su consentimiento. El criado salió.

Jade se alisó el largo cabello negro y se lo echó hacia atrás. Se miró en el espejo con cara de satisfacción. Su sonrisa dejaba entrever unos dientes ligeramente separados. Sus pestañas quizá pecaban un poco de tupidas y tenía que luchar constantemente contra unos mechones rebeldes. Cuando se exasperaba (cosa que le sucedía a menudo), sus mejillas se teñían de rojo y perdía la actitud artificial que adoptaba la mayor parte del tiempo. Pero era consciente de ser guapa, alta, delgada, y siempre se vestía con esmero. Estaba segura de sí misma. Sabía que conseguiría lo que quería.

Mientras le ofrecía una sonrisa de agradecimiento a su reflejo, su padre entró en la habitación. Ella se dirigió a su encuentro. Él la estrechó contra sí con un afecto des acostumbrado. Normalmente, aunque quería mucho a su hija, no expresaba sus sentimientos de un modo tan expansivo. Era de natural flemático y demostraba tener sangre fría en toda circunstancia. Sin embargo, aquel día algo lo impulsaba a comportarse de un modo distinto. Cuando liberó a Jade de su abrazo, se quedó un momento mirándola sin decir nada. Admiró una vez más sus ojos verdes, cuya intensidad no podía sino llamar la atención. «Es valiente y tenaz —se dijo para tranquilizarse—, y tiene una personalidad fuerte.» Su fisonomía delataba su carácter: en su rostro se podía leer que, además de ser orgullosa y decidida, era también caprichosa y obstinada. Su padre no conseguía apartar la mirada de ella ni pronunciar una sola palabra.

Fue ella quien rompió el silencio:

—Papá, ¿ocurre algo? ¿Cómo es que no estás solucio-

nando algún asunto, o leyendo toneladas de documentos, o haciendo mil tareas más, como todos los días? ¿Ha sucedido algo grave para que no trabajes? ¿Tengo yo la culpa?

Estas últimas palabras las pronunció con una inocencia fingida.

—No, no, Jade, no pasa nada —respondió su padre con una voz que sonaba falsa—. Simplemente, tengo un rato libre. Reconozco que es raro, pero, como ves, a veces incluso a mí me ocurre. Bien, ¿cómo estás?

—La fiesta se acerca —le contestó Jade, muy excitada—. ¡Va a ser absolutamente extraordinaria! Todavía estoy dudando entre el vestido malva de seda y el blanco de satén. He encargado otro, magnífico, del condado de Tyrel. Si llega a tiempo, me lo pondré. ¡Estoy impaciente! En lugar de contar los días, cuento las horas y hasta los minutos. He dado instrucciones para la decoración de la sala y de los platos. ¡Qué placer organizarlo todo yo misma! Y haré traer a unos músicos de una ciudad vecina.

Jade continuó hablando con entusiasmo, pero su padre ya no la escuchaba. «Es demasiado despreocupada —no pudo evitar constatar—, no sabe lo que es el esfuerzo ni el peligro. No sobrevivirá.» Inmediatamente se reprochó no confiar más en Jade e intentó concentrarse en sus palabras.

—¡Será grandioso, soberbio, fuera de lo común! Casi me cuesta imaginarlo. Todavía no he decidido si hay que servir los helados antes que las pastas o después. Quizá sería mejor después, ¿no? Por cierto, no estoy segura de que la baronesa de Carolynt venga; parece ser que tiene fiebre. Es la única que aún no ha confirmado su asistencia. De todas formas, la encuentro aburridísima.

—Jade, ¿sabes lo que significa el miedo?

La muchacha se calló bruscamente, sorprendida e irritada. ¿Por qué la había interrumpido su padre, y encima para

hacer una pregunta que no venía a cuento? ¿Acaso no le alegraba pensar en la fiesta que se acercaba?

—¿El miedo? —replicó con impaciencia—. ¿Miedo de qué? Yo nunca he tenido miedo. Es un sentimiento que me parece despreciable. Sólo los cobardes y los débiles tienen miedo. ¿Por qué me preguntas eso, papá?

De repente calló. Acababa de percatarse de que su padre estaba muy pálido. ¿Cómo había podido no fijarse antes en que tenía los rasgos tensos, ojeras y los ojos enrojecidos? Y, sobre todo, una expresión hosca. Había pasado algo. Quizás algún negocio le había ido mal.

—Si sólo los cobardes y los débiles tienen miedo, entonces yo soy cobarde y débil —dijo él—. Después de todo, ¿qué más da?

—¡Pero papá! ¡A ti todo el mundo te respeta y te admira, y es por algo! ¡Eres el duque de Divulyon! —Jade volvía a animarse, sus ojos verdes brillaban—. Puedo creer que te haya surgido un problema en los negocios, pero no que tengas miedo. Si se trata de una broma, no tiene ninguna gracia.

El duque no contestó y el entusiasmo de Jade decayó de nuevo.

—Y ahora, papá —dijo la joven en tono grave—, dime por qué no concedes ninguna importancia a mi próximo cumpleaños. ¡Dentro de unos días cumpliré catorce años!

—Te equivocas, Jade, pienso mucho en tu cumpleaños, pero...

El duque se mordió la lengua; ya había hablado demasiado. Jade no debía saber nada antes de hora. Temiendo delatarse y tener que dar explicaciones, se marchó repentinamente. Subió a sus aposentos y se puso a caminar arriba y abajo. Cada segundo que pasaba se hallaba más cerca del momento en que tendría que confesarlo todo.

Jade se quedó pensativa. El comportamiento de su padre era muy extraño. Reflexionó sobre el asunto unos instantes y luego, encogiéndose de hombros, decidió olvidar el incidente. Se concentró de nuevo en los festejos de su cumpleaños e inmediatamente recuperó la sonrisa.



Ámbar estaba sentada sobre la hierba. Como de costumbre, soñaba mientras miraba distraídamente los corderos que debía vigilar. Otras imágenes ocupaban sus pensamientos. Imaginaba que vivía junto al sol y su calor benefactor, que dialogaba con las nubes y los pájaros. Hacía maravillosos viajes transportada por el viento; de noche, la deslumbraba el brillo de las estrellas, que podía tocar con la mano, y...

—¡Barina! ¡Barina!

Volvió bruscamente a la realidad. Había olvidado que no sólo vigilaba los corderos, sino también a uno de sus hermanos pequeños, que estaba tranquilamente tumbado bajo un árbol y le gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Barina, ven! ¡Me aburro!

Nadie la llamaba Ámbar; desde siempre, todo el mundo la conocía por Barina. Seguramente su verdadero nombre era demasiado pretencioso para una campesina. Sería más apropiado para una muchacha de la nobleza, para alguien perteneciente a otro mundo. Muchas veces se había preguntado qué habría impulsado a sus padres a ponerle ese

nombre y nunca había encontrado una respuesta plausible. De cualquier modo, le gustaba por su originalidad y por su halo de misterio. Parecía encerrar un secreto.

—¡Barina! ¡Barina! ¡Ven, por favor!

Ámbar se levantó y se dirigió a donde estaba su hermano. Se sentó a su lado, a la sombra del árbol.

—¿Te pasa algo? —le preguntó con su tranquilizadora voz.

—¡Me aburro, eso es lo que me pasa! Quiero que me cuentes un cuento.

Ámbar sonrió y le acarició una mejilla con afecto.

—Bien, pero ahora no, quizá más tarde.

—¿Por qué?

—Quisiera estar sola, no decir nada y tratar de escuchar el silencio.

—¡Yo quiero un cuento! ¡Eso que dices es una tontería!

—El niño la agarró de un brazo—. Por favor, Barina —insistió.

Ella le alborotó con ternura los cabellos y, liberándose de su abrazo, lo besó en la mejilla.

—Más tarde, te lo prometo —dijo—. Ahora te dejo. No me gusta estar a la sombra; me vuelvo al sol.

—¡Pero, Barina, hace mucho calor! ¿Cómo puedes soportar el sol?

—Me gusta y ya está.

Ámbar se alejó y se dejó caer sobre la hierba, en medio del prado. Nadie quería salir cuando hacía un tiempo así. El calor era sofocante y el aire abrasador. El cielo, sin una nube en el horizonte, podría decirse que era demasiado azul, demasiado puro. Los rayos del sol bañaban de luz el rostro de Ámbar. A ella le gustaba sentir cómo le acariciaban la piel, apreciaba ese calor que todos calificaban de insoportable. En el pueblo rezaban para que la canícula no se



prolongara, para que no provocara un período de sequía. En cuanto a Ámbar, habría deseado que ese tiempo se prolongara eternamente.

En el recodo del camino apareció una silueta. Ámbar volvió la cabeza en su dirección. Un muchacho se encaminaba hacia ella. Llegó a los pastos sin aliento y, al límite de sus fuerzas, se detuvo a su lado. Ámbar lo conocía perfectamente, eran amigos de infancia. Le sonrió. Él la miró con tristeza. Ella estaba tan serena... Sus cabellos, entre el rojo y el rubio, tan dorados como el sol, enmarcaban su rostro de facciones armoniosas. Tenía la piel tostada. Sus ojos, de color castaño claro con un toque verdoso, le daban a la mirada una dulzura y un sosiego innatos.

El muchacho dijo con pesar, jadeando:

—Barina, date prisa. Yo me quedaré con tu hermano y vigilaré los corderos, pero ve corriendo. Tu madre... está muy mal.

Ámbar creyó que el corazón le dejaba de latir. Todo se derrumbaba a su alrededor. Veía borroso. Tenía miedo. Tenía frío a pesar del sol abrasador. Era incapaz de moverse.

—¡Barina, vete! ¡Tienes poco tiempo! ¡Corre, Barina!

La voz le llegaba a Ámbar como de muy lejos. La cabeza le daba vueltas, el mundo entero se tambaleaba. Se rehízo de golpe. Tenía que llegar antes de que fuera demasiado tarde. Se levantó de un salto y echó a correr. Deprisa. Deprisa. Las lágrimas le nublaban la vista y le bañaban el rostro, aunque ella no se daba cuenta. Tan sólo una cosa seguía teniendo importancia: evitar lo inevitable, la muerte de su madre. ¡Eso no debía suceder! Estaba muy enferma y sufría mucho desde hacía semanas, meses. No existía ningún remedio. ¡Pero no debía morir! Ámbar proseguía su

carrera desenfadada contra el tiempo y la muerte. Ya veía el pueblo. Corría más y más, sin tener conciencia del cansancio, del agotamiento. Finalmente, llegó a la plaza y luego a su casa. Empujó la puerta, entró en la única habitación, oscura y silenciosa, y se precipitó hacia su madre. Se arrodilló junto a ella, le cogió la mano y se la apretó con todas sus fuerzas, aferrándose a ella y sintiendo su calor. Su madre estaba tendida en el único lecho, un jergón de paja. Su semblante expresaba un sufrimiento indescriptible y su tez ya tenía una palidez mortal. Gemía, parecía delirar.

—Estás aquí, Ámbar —murmuró con voz trémula y débil—, estás aquí. —Hizo una pausa y luego añadió—: Sólo me quedan unos días de vida, unos días más y habré cumplido mi misión.

—Mamá, no digas nada. Hablar te cansa.

—No. Unos días... Pero no aguantaré, estoy demasiado enferma.

Ámbar intentaba contener las lágrimas. Debía mostrarse fuerte, como siempre. Apretó más la mano de su madre. Una profunda desesperación se apoderó de ella.

—Mamá, mamá —no pudo evitar balbucir—, todo va a arreglarse.

Se esforzaba en creer sus propias palabras, quería convencerse a sí misma. Sobre todo, habría deseado que todo aquello fuera una pesadilla, confiar en que acabaría por despertarse sobre el jergón de paja, apretada contra sus hermanos y hermanas, como era habitual. Pero no, la pesadilla se prolongaba. Ámbar intentaba escapar de la horrible verdad. Tenía la costumbre de inventarse un mundo de ensueño cuando aquel en el que vivía era demasiado cruel. Se escondía en él para rechazar el sufrimiento. Sin embargo, su imaginación era demasiado frágil; cedía con mucha facilidad para dejar sitio a la realidad. Entonces, el dolor se ha-

cía todavía más intenso, como para vengarse de quien había tratado de negarlo.

—Ámbar, debo vivir un poco más. Unos días, sólo unos días. Pronto descansaré.

Ámbar se estremeció al oír la voz. Se dio cuenta de que su rostro, al igual que el de su madre, estaba bañado de lágrimas. Su madre gemía casi con resignación. No quería rendirse todavía; era de las personas que luchan hasta el final, incluso cuando ya no queda ninguna esperanza y no hay futuro en el horizonte. Ella era así, e insistía en buscar un resplandor en la oscuridad.

—Ámbar, Ámbar... Mi misión, Ámbar.

—Chsss, mamá, chsss... No sigas hablando; en tu estado no te conviene. Pero, no te preocupes, te repondrás. No es nada grave. Mañana te levantarás. Ya verás, el sol brilla, las cerezas están maduras, la hierba está más verde que nunca, no hay ni una nube, el cielo está completamente azul. Vale la pena salir. Mañana estarás mejor, te lo aseguro.

A Ámbar se le quebraba la voz y a duras penas lograba reprimir los sollozos.

—Ámbar, sólo quiero vivir unos días más. Después, da igual, pero tengo una misión, y aún es demasiado pronto... Si muero, ¿quién hará lo que hay que hacer? Ámbar, conservar la vida unos días más es un deber para mí. Pero no lo lograré, está por encima de mis fuerzas.

—Mamá, cálmate, descansa, es importante.

—Ámbar, cuando llegue mi último día, que está muy cerca..., prométeme que me crearás. Aunque sean las palabras de una moribunda..., prométemelo.

—Te prometo todo lo que quieras, mamá, pero ahora para de hablar, te agota.

Ámbar no se había tomado en serio ni una sola de las palabras de su madre; atribuía sus divagaciones a la fiebre.





Si yo fuera su abuela, estaría preocupada por ella. Es tan cerrada, tan solitaria...

—Tiene usted razón. ¡No es normal! No tiene ni una sola amiga, y no hay manera de saber lo que piensa.

—No sonrío jamás, ¡es increíble! Y la mirada siempre gacha... Esa manera de ser, tan fría y persistente, llega a resultar molesta.

—Sí, es cierto, hay en ella algo inusual, intrigante, que te hace sentir incómodo.

Las dos chismosas se callaron al ver acercarse a una de las mujeres más ancianas del pueblo. Nadie sabía su edad, ni siquiera ella, que ya no tenía ni fuerzas ni ganas de contar los años. Nadie prestaba atención a sus palabras, pues casi siempre consideraban que no tenían sentido, y sin embargo, a pesar de las apariencias, se mantenía lúcida. Estaba encorvada, tenía en el rostro la marca de una arruga por cada camino que había seguido, cada uno de sus lentos pasos parecía costarle un gran esfuerzo.

Al cabo de un momento, llegó junto a las mujeres. Era

imposible que las hubiera oído, pues se habían callado nada más verla. Le dirigieron una sonrisa falsamente bondadosa al saludarla. La anciana las miró sin disimular su desprecio y les dijo con voz firme:

—Ópalo no es normal, desde luego. Es diferente, y hará cosas que vosotras no os atreveríais ni a imaginar.

Después se alejó lentamente. Las dos mujeres, atónitas, repararon por primera vez en la dignidad y la decisión que animaban a la tía bisabuela de Ópalo.

Desde que recordaba, Ópalo siempre había vivido con su tía bisabuela Eugénia y la hija de ésta, que se llamaba igual. Para diferenciarla de su madre, la llamaban Gina. Ópalo no había conocido otra vivienda que la casa señorial donde vivían las tres. Su tía abuela Gina, a pesar de su avanzada edad, conservaba la energía. Siempre se había ocupado de la casa y de la educación de Ópalo, a quien había enseñado todo lo que sabía: letras e historia. También le había transmitido sus conocimientos de plantas y de remedios. Ópalo era una alumna reflexiva y aplicada. No se preguntaba si le gustaba aprender. Sus gustos, sus sentimientos y sus ideas eran indefinidos, muchas veces incluso inexistentes. Numerosos chicos la encontraban guapa, pero ella no se inmutaba, y su indiferencia enfriaba rápidamente las pasiones que había suscitado. Estaba demasiado delgada, casi endeble, su rostro parecía de porcelana y tenía la tez lechosa. Sus rasgos eran tan delicados que de ella se desprendía una impresión de fragilidad. Sus grandes ojos, de un azul claro deslavado en el que a veces resultaba visible una pizca de gris, tenían una mirada ausente. Pesados bucles le caían sobre los hombros, acentuando su aspecto evanescente. Tenía el cabello rubio, pero cada mechón de un tono diferente: claro, me-

loso, ceniciento... Casi siempre caminaba con la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo. No era tímida, pero no le atraía la compañía de los demás. Nadie la quería de verdad y ella no quería de verdad a nadie. Pese a la atención que Eugénia y Gina le prodigaban, nunca había recibido ni calor ni verdadero cariño.

Ópalo buscaba un objeto para dibujarlo. Dibujaba mucho, de una manera clara y precisa, buscando la perfección en el parecido. Un día había oído decir que el arte era una forma distinta de ver la realidad, pero para ella eso no tenía mucho sentido. A ella le gustaba reproducir lo que veía y ante todo quería superarse, de modo que buscaba modelos cada vez más difíciles de reproducir. Aquel día no encontraba nada que la satisficiera. Había buscado en todos los rincones de su habitación. De pronto se le ocurrió una idea. Se levantó y se dirigió al dormitorio de Gina. Entró; tenía permiso, pero no lo hacía nunca. Tuvo la impresión de estar cometiendo un delito y se estremeció. «Es ridículo —pensó—. No tiene nada de malo que esté aquí. Gina ha ido al pueblo, pero, si estuviera en casa, no tendría ningún inconveniente en que viniera a su cuarto.» No obstante, experimentaba una especie de desazón. Avanzó y se sentó en la cama. En la habitación no faltaban objetos complejos que podía tomar como modelo. Tenía montones entre los que elegir, pero, movida por un extraño deseo, intentó abrir el cajón de la mesilla de noche. Estaba cerrado con llave. A Ópalo le sorprendió lo que acababa de hacer. Nunca había sido curiosa.

—Está pasando algo —masculló—. No me controlo.

La sensación extraña no la abandonaba. «Esta habitación...», pensó Ópalo. Se interrumpió. Instintivamente,

apartó la colcha de la cama y levantó la almohada. Vio una llavecita, la cogió y la introdujo en la cerradura del cajón de la mesilla de noche. Se detuvo un momento y respiró hondo. «¿Qué estoy haciendo?», se preguntó. Con un gesto brusco, abrió el cajón. Lo primero que vio fue un voluminoso libro con el título, *La profecía*, grabado en letras doradas. En el centro había un punto de libro. Ópalo lo abrió por esa página y leyó unas líneas antes de cerrarlo con un gesto seco. «No tiene ningún interés», se dijo. Intentó razonar: ¿qué esperaba encontrar? Irritada, siguió registrando el cajón hasta que su mirada se sintió atraída por una bolsa de terciopelo negro, cuyo cordón desató. «Hay algo dentro, algo que me llama.» Era un objeto liso y caliente al tacto. Una sensación desconocida invadió a Ópalo; tenía la impresión de estar en otro lugar. Sacó el objeto y lo examinó. Era una piedra preciosa, de tamaño mediano, redonda y de un verde muy claro, frío y uniforme. Ópalo la apretó. «No es una piedra —dijo para sus adentros—. Es otra cosa, algo poderoso, un mensaje.» No sabía qué le dictaba aquella certidumbre, pero se sentía cerca de la verdad. Estaba como hipnotizada, como embrujada. No tenía conciencia de lo que la rodeaba. Le parecía que existía una relación, casi un vínculo palpable entre ella y la piedra, que ésta quería decirle algo. Ópalo la apretó todavía más. La piedra se enfrió y entonces notó su superficie rasposa. La joven sintió un vacío inmenso, una súbita melancolía. La piedra se quedó helada en unos segundos y Ópalo se vio obligada a soltarla. La comunicación que creía que existía se cortó de golpe. Se llevó la mano a la frente. Estaba ardiendo. «No debería haber abierto este cajón —se reprochó interiormente—. No tenía que haber encontrado esta piedra.» Lo sabía, lo sentía. Con gestos apresurados, metió la piedra en la bolsa y la



guardó en su escondrijo. Después cogió el libro que había dejado sobre la cama y lo metió también en el cajón, cerró éste con llave y depositó la llave bajo la almohada. Arregló cuidadosamente las sábanas a tiempo.

Gina, su tía abuela, entró en la habitación.

—¡Ópalo! —exclamó—. ¿Te encuentras bien? Estás pálida.

—Estoy perfectamente. Buscaba un objeto para dibujarlo —contestó ella.

Pese a sus esfuerzos por parecer relajada, su voz dejaba traslucir su confusión.

En el mismo momento en que Ópalo había tocado la piedra, él había experimentado un violento sobresalto. Un rictus había deformado su rostro malévolos. Inmediatamente, había convocado por telepatía una reunión del Consejo de los Doce. Después había acudido a la vasta sala de reuniones. Al acercarse él, todos habían bajado los ojos, temerosos. Con su voz glacial, había declarado: «Lo que ya no esperábamos por fin se ha producido. He interceptado algo muy interesante».

Los doce miembros del Consejo se imaginaban de qué se trataba. La satisfacción se pintó en sus semblantes sombríos. Uno de ellos preguntó:

—¿Debemos ordenar a los caballeros de la Orden que nos la traigan?

—No —respondió él, tajante—. Tengo una idea mejor.

—¿Cuál de ellas es? —preguntó otro miembro del Consejo, ávido de saber más.

—La tercera, y tal vez la más peligrosa. Tiene poderes todavía dormidos; lo he percibido cuando ha entrado en contacto con su piedra. Ha sucedido antes de lo previsto, cosa

que debe alegrarnos. Unos días más, y habríamos perdido la ventaja.

—¿De qué piedra se trata? —preguntó otro miembro del Consejo.

—Del ópalo, la más pura de las tres, pero también la más frágil, ahora que lo sé todo de ella...